

*Ignacio García May*  
Alesio, una comedia  
de tiempos pasados

Introducción de  
Ignacio Aranguren



## DRAMATIS PERSONAE

CORO	Narrador
POSADERO	Simple
POSADERA	No tan simple
CABALLERO ALTO	
( <i>Luego ANDRÉS</i> )	Joven enamorado
TRITÓN	Criado gracioso
ALESIO	Cómico napolitano
MUCHACHA	Coqueta
DON ENRIQUE	Caballero rico
CABALLERO JOVEN	
( <i>Luego ELENA</i> )	Joven enamorada
DON PEDRO	Cómico sevillano
LUCÍA	Actriz joven
VALENTÍN	Cómico joven
ASESINO 1	
ASESINO 2	Esbirros
CÓMICO 1	
CÓMICO 2	
CÓMICO 3	
CÓMICO 4	De la compañía de Valentín
ALBO	Criado bobo
DUQUE DE MALVOLIO	Representante del rey

Públicos, soldados y sevillanos en general.

La acción en Sevilla, sobre 1620.

He aquí la  
PARTE PRIMERA  
de  
ALESIO,  
UNA COMEDIA DE TIEMPOS PASADOS  
O  
BULULÚ Y MEDIO

DIVIDIDA EN DOS JORNADAS Y  
MUCHAS ESCENAS, SIENDO EL TÍTULO  
DE LAS SUSODICHAS JORNADAS  
«DE CÓMO LLEGARON A SEVILLA  
ALESIO DE NÁPOLES Y SU CRIADO TRITÓN,  
MONTADOS EN EL CARRO DE LA FARSA  
Y DISPUESTOS A METERSE EN LÍOS»  
Y «DE CÓMO ALESIO PIERDE UN CONTRATO  
Y GANA UNA ACTRIZ,  
TODO EN LA MISMA NOCHE»

JORNADA PRIMERA:

DE CÓMO LLEGARON A SEVILLA  
ALESIO DE NÁPOLES Y SU CRIADO TRITÓN,  
MONTADOS EN EL CARRO DE LA FARSA  
Y DISPUESTOS A METERSE EN LÍOS

## PRÓLOGO

*(El escenario a oscuras, con la excepción de un foco que ilumina la figura del CORO.)*

CORO. Si esperáis ahora un buen discurso, me arruináis porque lo que voy a decir es de mi propia cosecha y temo no ser tan buen interlocutor como debiera. Los que entienden me llaman Coro. Estoy aquí para guiaros a través de un viaje menos glorioso que el del maestro Dante, aunque más divertido también. Él visitó la trastienda del pérfido engañador cornudo, y los paraísos celestiales. Nosotros, simples comediantes, preferimos quedarnos en lo humano. Suponed que entre estas paredes, sobre los humildes tablados que pisan mis pies, está encerrada la más maravillosa de las ciudades: Sevilla, en la más espléndida de las épocas, aquélla en la que el arte tomaba forma propia bajo las manos de alfareros desconocidos y tenaces. América es aún un sueño, el vasto territorio donde un hombre sencillo puede aspirar a las mayores riquezas. Europa mete el dedo gordo del pie en el agua de un conflicto que va a durar treinta años. Y nuestra vieja piel de toro...

nuestra piel de toro suple la mediocridad de sus políticos con el talento de sus escritores. Estamos en lo que el huidizo dios Mañana, que para nosotros es Hoy, dará llamar «El Siglo de Oro».

He pedido permiso al viejo Cronos para alterar el curso de su ruta, y poder así conduciros a un mundo diferente. Abrid los ojos y dejaos guiar. No os importe si lo que desfila ante vosotros es distinto a lo que os cuentan los gruesos tomos de historia –escritos por hombres demasiado sesudos como para ser tomados en serio–. Todo aquí es cartón piedra, papel de colores, algodón. Un truco de alquimista, o de titiritero, o, si lo preferís, una broma de Dionisos. ¡Abrid los ojos! Creed... o no creáis. Soñad. Por arte de nuestra propia magia, disponeos a viajar...

*(Oscuro. La luz se hace, breves instantes después, mostrando una plaza de Sevilla, a la que se llega por numerosas callejas. Ocupando una gran parte del lado derecho hay una posada, en sección, de modo que podemos ver su interior. El POSADERO limpia las mesas, mientras su mujer despluma una gallina.)*

## ESCENA I

POSADERO. Te digo, mujer, que son gente importante.

POSADERA. A ti cualquier figurín con calzas de seda te intimida.

POSADERO. ¡No es cierto! Sé lo que me digo, y lo sé bien. Vienen de la Corte.

POSADERA. ¿Y quién te lo ha dicho?

POSADERO. Lo sé, eso es todo. No hay más que verlos. Tengo buen ojo para estas cosas.

POSADERA. Dime, si es cierto que vienen de la Corte, ¿qué hacen aquí, en nuestra casa?

POSADERO. Yo creo que están de incógnito. Seguramente han venido a presenciar el concurso de cómicos. (*Confidencial.*) Ya sabes que, según dicen por ahí, son muchos los nobles que escriben obras de teatro y dejan luego que se estrenen con la firma de otro. Habrán venido a ver la representación de alguna de sus obras. (*Súbitamente irritado.*) Además, en algún sitio tienen que alojarse, ¿no? Mi posada es tan buena como cualquier otra.

*(En la calle suena una descarga de fuegos artificiales.)*

POSADERO. ¡Otra vez! Los cómicos siempre andan de juerga. ¡Aunque bendito sea este concurso, que nos trae clientes ricos!

POSADERA. Concurso, concurso... llevo muchos años en Sevilla y nunca hemos tenido necesidad de ningún concurso. ¡Por Dios que es cosa rara eso del concurso!

POSADERO. Pues, mujer, es algo así como las ferias de ganado. La vaca más gorda es la que se vende a mejor precio. Pues aquí, a los cómicos más graciosos, les dan unas monedas para que no se quejen tanto de lo mal que les va la vida.

POSADERA. Y ya que hablas de monedas, ¿te han pagado esos dos «cortesanos» tuyos?

POSADERO. Mira, y cierra la boca de una vez. (*Saca de su camisa una bolsita de cuero.*)

POSADERA. ¡Virgen María del amor hermoso!

POSADERO. No alborotes. El más alto de los caballeros me ha hecho asegurarle que era la nuestra una morada tranquila. Y no parece hombre al que le gusten las bromas. Tiene una mirada...

POSADERA. Sí, mucha mirada, pero el otro es un afeinado. Ya sé que los ricos son unos libertinos, pero ese jovencito parece un mariposón.

POSADERO. En eso tienes razón. Si así son en la Corte me quedo con mi aldea. Somos simples, pero no raros.



*(En el piso superior de la taberna se abre una puerta y aparece el CABALLERO ALTO.)*

CABALLERO. ¡Posadero!

POSADERO. ¡Decid, señor!

CABALLERO. Súbenos la cena a nuestra habitación.

POSADERO. Como gustéis.

CABALLERO. *(Le entrega un pedazo de pergamino.)* ¿Conoces esta dirección?

POSADERO. ¡Claro! Está junto al edificio del Consejo de Indias.

CABALLERO. ¡El Consejo de Indias! Muy adecuado. ¿Has viajado alguna vez al otro lado del océano?

POSADERO. No, pero un primo de mi mujer vive en Perú. El último año que supimos de él le iba muy bien. Se estaba haciendo rico.

CABALLERO. ¿Cuál es su oficio?

POSADERO. Aquí se dedicaba a criar puercos, pero, según sus cartas, le habían nombrado secretario del virrey.

CABALLERO. Perú... ¿nunca te ha atraído la idea de seguir su ejemplo?

POSADERO. Eso es lo que a veces le gustaría a mi mujer, ¡que me fuera al Perú! Además, ¿qué tienen los indios que no haya aquí?

CABALLERO. La pregunta podría ser: ¿qué hay aquí que obliga a alguien a ir allí? ¡Acordaos de subir la cena!

*(Vuelve a su habitación con ligereza.)*

POSADERA. ¿Qué mosca le ha picado a éste? ¿A qué viene toda esta historia sobre el Perú?

POSADERO. No discutas nunca el comportamiento de los nobles. Si ellos hacen algo, será porque tienen alguna razón para hacerlo.

POSADERA. Sí. Como viajar con afeminados...

POSADERO. Mientras pague con tanta generosidad no hay razón para hacerle ascos.

POSADERA. Tu sabrás, marido. Voy a ver si termino de preparar esta gallina.

*(El POSADERO mira hacia la puerta de la habitación y se encoge de hombros. Continúa limpiando las mesas, mientras por la izquierda del escenario, en la plaza, hace su aparición un pequeño carro cargado de paja, y tirado por TRITÓN, al borde de sus fuerzas. Al llegar al centro de la plaza, se detiene y cae exhausto. El POSADERO sale. Se escucha un bostezo exagerado y, de entre la paja, surge la cabeza soñolienta de ALESIO. Se estira perezosamente.)*

## ESCENA II

TRITÓN. Ya estamos, señor.

ALESIO. ¿Ya? ¿Tan pronto?

TRITÓN. ¡Tan pronto, dice! Él duerme como un bendito mientras yo hago el trabajo de una vulgar mula.

ALESIO. No te quejes, Tritón. Es un feo vicio.

TRITÓN. No me quejo: no me quedan fuerzas suficientes.

ALESIO. ¡Así que esto es Sevilla! (*De un salto baja del carro.*) Yo te saludo, bella ciudad. Mira a tu alrededor, Tritón. Respira hondo. Algo me dice que la diosa Fortuna nos aguarda aquí.

TRITÓN. Pues preguntadle si nos ha preparado un banquete de bienvenida.

ALESIO. Ése es tu defecto, y la razón por la cual nunca triunfarás en la vida. No te dejas cautivar por la belleza. Sólo piensas en llenar la panza.

TRITÓN. ¡Es que hace dos días que no probamos bocado, y mi barriga se queja, con razón!

ALESIO. ¿Y la mía no? ¿Qué crees, que los genios vivimos del aire? Ya veré el modo de proveernos. Nunca te he dejado en la estacada.

TRITÓN. Podría nombrar un par de ocasiones.

ALESIO. ¡Gratis, desde luego! Pasas el día protestando. ¡Conmigo, Tritón, has viajado por medio mundo!

TRITÓN. ¡A la fuerza! ¡Nos han echado de todas partes!

ALESIO. Me has visto actuar con las mejores compañías de toda Europa y ante los más regios gobernantes.

TRITÓN. Y también os he visto derrochar el dinero que con ellos ganasteis.

ALESIO. ¡Hemos visitado palacios de mármol y dormido en camas de seda!

TRITÓN. Y hemos conocido, también, unas cuantas cárceles.

ALESIO. ¡Bah! Tonterías. No eres capaz de agradecer nada.

TRITÓN. Agradecería, señor, con toda mi alma pecadora, un trago de vino y algo sólido.

ALESIO. No lo mereces, pero veré qué puedo hacer. ¡Anda!, elige una ventana.

TRITÓN. Me gusta aquélla.

*(Señala una ventana adornada con tiestos. ALESIO se acerca y llama con los nudillos a la contraventana. Arranca una flor de un tiesto y la huele. Una joven acude a abrir.)*

ALESIO. *(Teatral.)* ¿Qué es ese resplandor que asoma a la ventana? ¡Es Oriente, y vos, bella dama, el sol!

JOVEN. ¡Oh! ¿Quién sois, señor, y qué os trae?

ALESIO. El nombre no importa. *(Le ofrece la flor.)* ¡Sí!

No mentía el que dijo que erais la más hermosa de las mujeres. Mi viaje, no ha sido en vano.

JOVEN. Me siento ruborizada. ¿Quién ha podido hablaros de mí tan gratamente?

ALESIO. Un viajero que murió en mis brazos, contento por haberos contemplado antes de perder la vida.

*(Se tambalea.)*

JOVEN. ¡Señor! ¿Qué os sucede? ¿Os encontráis mal?

ALESIO. Vengo de las Indias sólo para veros. Días hace que no como ni duermo. Mi criado, ahí lo veis: ha muerto hace breves instantes, perdidas ya las fuerzas. Yo he logrado veros. Ahora puedo morir con él.

*(Se tambalea de nuevo.)*

JOVEN. ¡Señor!

ALESIO. ¡¡No!! Tranquilizaos. Sólo... si tenéis algo que refresque mi garganta... mi reseca garganta... vino, o algo así...

TRITÓN. *(¡Y un poco de queso!)*

JOVEN. ¡No os mováis, señor, volveré tan pronto como pueda!

*(Entra en la casa.)*

ALESIO. *(Gritando.)* ¡Os esperaré toda la eternidad!  
¡Pero no tardéis mucho!

*(La JOVEN vuelve, instantes después, con un jarro.)*

JOVEN. Bebed, señor.

ALESIO. Si viene de vuestras manos, será como miel.  
*(Bebe.)* ¡Agua! ¡Voto a Judas, es agua!

JOVEN. Agua pura y fresca, que yo misma he subido de la fuente, hace un rato. Es lo mejor para la sed.

ALESIO. Eh... sí, deliciosa. Pero veo que se hace tarde y... mi criado no está tan muerto como aparentaba, afortunadamente, así que será mejor que parta. Adiós doncella, y gracias por todo. Beso vuestra mano.

*(Lo hace. Ella acepta, coqueta.)*

ALESIO. Adiós, adiós, visión encantadora, adiós.

*(Se aleja, mientras ella cierra la ventana.)*

TRITÓN. «Es Oriente, y vos, bella dama, el sol». ¿De dónde habéis sacado semejante frase?

ALESIO. Se la oí a un compañero comediante cuando viajábamos por Inglaterra.

TRITÓN. No sé si la obra era buena, pero no parece que haya dado muy buen resultado en este caso.

ALESIO. ¡Vete al diablo!

TRITÓN. Y mi estómago sigue rugiendo.

ALESIO. ¡Agua! ¿Por quién me ha tomado?

TRITÓN. Parece que vuestra diosa Fortuna tampoco habita en Sevilla.

ALESIO. Escucha, bribón: de aquí a que la semana termine, todas las compañías que hoy se reúnen en esta tierra estarán disputándose mi talento.

TRITÓN. Así lo espero, y cuanto antes mejor. Pero, mientras tanto, ¿por qué no robamos algo?

ALESIO. Calla y déjame pensar. Veamos, he de ponerme en contacto con las buenas gentes de mi gremio. En cuanto sepan que Alesio de Nápoles está en Sevilla, darán saltos de alegría. Buscaremos el corral de comedias más próximo y... no, no sería de buen efecto. Mejor hablar de negocios con una jarra de buen Canarias por delante. ¿Dónde se reunirán los cómicos en esta ciudad? Allá donde yo nací, solíamos emborracharnos todos juntos después de las representaciones en una taberna que llamaban La Maschera...

TRITÓN. Señor, nos va a pillar la bruja. Busquemos posada, o, por lo menos, un establo.

ALESIO. (*A lo suyo.*) Será cuestión de preguntar. Esperemos que pase alguien por esta plaza. Tengo oído que a los actores se les respeta y se les quiere bien en este país. ¡Ah, Tritón, mira ahí un vecino!

(*Entra DON ENRIQUE Mediavilla.*)

TRITÓN. A mí me huele a soldada.

ALESIO. Ves defensores de la ley por todas partes.

¡Debe ser deformación profesional! (*A DON ENRIQUE.*) Perdonad, caballero...

DON ENRIQUE. ¿Quién es este gañán?

ALESIO. Desde luego no soy gañán, señor. Desearía haceros una pregunta.

DON ENRIQUE. Quitad de en medio. O mejor, no, respondedme vos a mí.

ALESIO. Con mucho gusto, si vos atendéis a mi pregunta.

DON ENRIQUE. Abreviando: busco a un caballero alto y una dama rubia, ella de muy noble porte, cuyo rastro he perdido. ¿Los habéis visto?

ALESIO. Decididamente no.

DON ENRIQUE. Entonces no servís. Dejadme el paso franco.

ALESIO. Un instante, señor. Es vuestro turno de contestar. ¿Sabéis dónde se reúne el gremio de comediantes?

DON ENRIQUE. ¿Me tomas acaso por cómico, rufián?

ALESIO. (*Tras una breve pausa.*) Ahora que os observo bien, no. Como personaje, sois indudablemente cómico, pero os falta la gracia que a ellos les caracteriza.

DON ENRIQUE. ¡Canalla!



*(Echa mano a su espada, pero ALESIO le sujeta por la muñeca, y le hace una zancadilla. DON ENRIQUE cae al suelo.)*

ALESIO. Reflejo lento, señor. Ya que no cuento con vuestra ayuda, localizaré sólo a mis colegas.

DON ENRIQUE. Estoy grabando tu rostro, payaso. Si pretendes seguir mucho tiempo en Sevilla, ándate con tiento, porque cuando menos lo esperes, te haré pagar este insulto.

ALESIO. Os agradezco profundamente la información, caballero.

*(Sale DON ENRIQUE.)*